

Lucio Fontana, Gran Premio de la Bienal de Venecia 1966, felicita a Jorge Eduardo Eielson, durante la última exposición del pintor peruano, en noviembre de 1966, en la ciudad de Milán.



J. E. EIELSON

Recordamos a Rimbaud cuando escribía: "lo nuevo, lo nuevo, viva lo nuevo". Porque es indudable que la exposición de Eielson rompe para nuestro público la imagen tradicional de lo que se llama un "cuadro".

Un hombre de 50 años se detuvo frente a los blancos muros de la Galería Moncloa. Frunció el ceño, desconcertado y rabioso: "ésto es una burla" masculló. Estaba delante de un "quipus" de Jorge Eduardo Eielson. Siguió su recorrido casi sin detenerse y repitiendo la agresión: "ésto es una burla, un escándalo". Y salió a estampida.

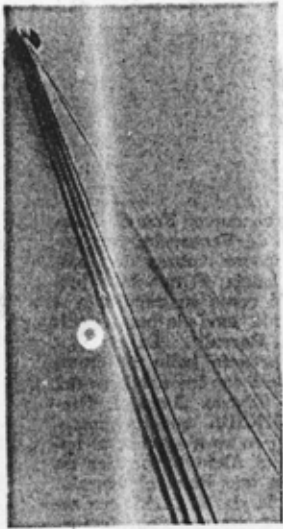
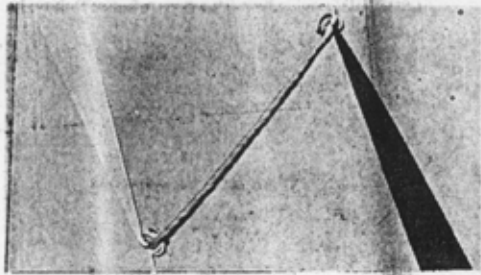
Eielson, menudo, enjuto, moreno, con rara cabeza parecida a la de Bolívar, juntó las manos y se quedó impasible. Había escuchado el comentario del visitante a su exposición.

Otro hombre, joven de 25 años, también bajó las escaleras de la Galería, se quedó inmóvil en el último peldaño, recorrió con la mirada todo el ámbito de la sala, ingresó lentamente hasta el centro, se detuvo frente al primer "quipus" blanco: "no se qué será, pero es juventud, limpieza, claridad". Y se quedó en la sala un largo rato.

Eielson sonrió. "Es el mejor homenaje" dijo tranquilamente. Para ellos es para quienes creo. Para los jóvenes.

Recordamos a Rimbaud cuando escribía: "lo nuevo, lo nuevo, viva lo nuevo". Porque es indudable que la exposición de Eielson rompe para nuestro público la imagen tradicional de lo que se llama un "cuadro". Es algo nuevo, diferente, pero que crea en el espectador una sensación de limpidez, alegría y luminosidad, liberada totalmente de retórica y elementos expresivos que no sean las más simples y puras formas.

Es razonable que aquel visitante de 50 años, que pretendía encontrar en los "quipus" la ratificación de "su" propio concepto de la pintura, estallara en improperios. Y lo es también el entusiasmo de aquel joven que se sintió identificado dentro del clima sensorial que crean aquellas superficies de un solo color sobre las cuales las telas en tensión rítmica construyen un purísimo mundo de formas y espacios.



Jorge Eduardo Eielson. (Foto: Olga Luna)

Y un gran poeta se volvió gran pintor

Eielson fue poeta. ¿Lo ha dejado de ser? En cierta forma sí, porque ha logrado desprenderse de todo elemento literario en su nueva y apasionante actividad creadora. Pero no puede negarse que Eielson construye un mundo poético, mágico, que cautiva al espectador en forma di-

recta, sin intermediarios, y que trasunta el finísimo espíritu de su creador. Y a pesar de haber abandonado toda forma literaria y retórica, la obra de Eielson sigue siendo lírica.

Cuando Eielson partió de Lima, su obra poética marcó un hito en nuestra historia lite-

raria. Carlos Germán Ballí ha confesado que su generación lo tenía como un prototipo. Durante estos 20 años de ausencia, Lima se enteró muy poco de la obra de Eielson. Se sabía que se había volcado en la pintura, pero el empecinamiento limeño se negaba a aceptar que su poeta se había convertido en pintor. Como una máxima concesión se aceptaba que el poeta "hacía cosas de pintor".

La primera sorpresa vino cuando Eielson integró el envío peruano a una Bienal de Venecia y el desconcierto entre pintores y poetas culminó cuando dos de sus "quipus" fueron adquiridos por el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

El encuentro de Lima con Eielson ha sido tan desconcertante como el de Eielson con Lima. Artista en permanente actitud de búsqueda, atento escrutador del vertiginoso y fluido mundo contemporáneo, habitante de un universo en el que la juventud ha adquirido el derecho de cambiarlo, Eielson se forjó en el cambio.

Sin olvidar su raíz peruana, vivió apasionadamente el lenguaje universal de las formas. Ahora, vuelto a Lima, Eielson no puede evitar la violencia del encuentro con una ciudad también cambiante, dramáticamente contrastada, chatamente subdesarrollada. Llegó y se incrustó en la vieja Quinta Heeren, en la actitud de quien busca en las viejas razones la razón de su propia manera.

"Soy peruano y limeño", subraya tajantemente, "pero lo soy en la medida que soy universal, actual, contemporáneo y no pasadista, burdamente localista. Y nervioso recorre calles y ausculta gentes, angustiado por descubrir al Perú en el mundo, al mundo en el Perú. El "yo me adhiero" de Vallejo.

Eielson volverá a Nueva York, al centro de un mundo doloroso. Y se llevará, refrescado, el mundo también doloroso del Perú.

